

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

P O R P A R T E S

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

ÍTALO LATORRE-GENTOSO

DIGNIDAD

POR PARTES

Reflexiones en torno a la ética del cuidado

Pranas
Ediciones 



RiL editores

341.481 Latorre-Gentoso, Ítalo

L Dignidad por partes. Reflexiones en torno a la
ética del cuidado / Ítalo Latorre-Gentoso. --
Santiago : RIL editores, 202X.

132 p. ; 23 cm.

ISBN: 978-956-01-1612-3

1 ÉTICA SOCIAL. 2 DERECHOS HUMANOS.



DIGNIDAD POR PARTES.
REFLEXIONES EN TORNO A LA ÉTICA DEL CUIDADO
Primera edición: junio de 2024

© Ítalo Latorre-Gentoso, 2024
Registro de Propiedad Intelectual
N° 2024-A-1169

© RIL® editores, 2024
© Pranas Chile Ediciones, 2024

SEDE SANTIAGO:
Los Leones 2258
CP 7511055 Providencia
Santiago de Chile
☎ (56) 22 22 38 100
ril@rileditores.com • www.rileditores.com

SEDE VALPARAÍSO:
Cochrane 639, of. 92
CP 2361801 Valparaíso
valparaiso@rileditores.com

SEDE ESPAÑA:
europa@rileditores.com • Barcelona

Composición e impresión: RIL® editores
Diseño de portada: Í. L.-G.

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN 978-956-01-1612-3

Derechos reservados.

AMARSE EN LIBERTAD

Amor y abuso comienzan con A. Tal como el personaje «A» de Sarah Kane en su obra *Ansia*, quien articula un monólogo de *amor* habitualmente interpretado como «romántico» en el sentido Disney del término. Sin embargo, según la propia dramaturga inglesa, A representa el *abuso* más que cualquier otra cosa.

Permítanme compartir un breve extracto a continuación:

«... y pensar que se acabó todo pero igual quedarme diez minutos más antes de que me echas para siempre de tu vida y olvidar quién soy y tratar de estar más cerca tuyo porque es hermoso aprender a conocerte y vale bien el esfuerzo y hablarte mal en alemán y peor en hebreo y hacer el amor contigo a las tres de la mañana y de algún modo de algún modo de algún modo comunicarte algo del abrumador inmortal incondicional totalizador enriquecedor revelador constante interminable amor que siento por ti».

En esta y en toda su obra, la autora representa de manera magistral, entre muchas otras cosas, lo que ha estado colapsado por siglos: el amor («abrumador inmortal incondicional totalizador enriquecedor revelador constante interminable») y la pretensión de simbiosis («que me echas para siempre de tu vida y olvidar quién soy») vinculada al derecho de propiedad.

La pareja, la familia, la monogamia, la heteronorma y otras ficciones que dan forma a las comprensiones del amor y las relaciones sexoafectivas en nuestros tiempos, tienen asociada una larga historia, entre otras, a la posesión de territorios, la herencia y el control soberano del varón en la figura del *pater familias*. Así, en nombre del amor se construye el exitoso y aparentemente perfecto pretexto para poseer personas. No estoy queriendo afirmar que no sea posible amar bajo estas lógicas, sólo distinguir que el amor no tiene nada que ver con estas estructuras institucionales, que ofrecen marcos hegemónicos o únicos para comprender y habitar las relaciones amorosas.

En este sentido la monogamia, lejos de la exclusividad sexual, sería un régimen político de propiedad privada —jurídico y a veces religioso— que imponen muchos Estados para el acceso a ciertos derechos y garantías y que poco tiene que ver con el consentimiento, el cuidado mutuo, la ternura, el respeto y la libertad. Por lo que desde mi perspectiva, se podrían incluso sostener relaciones no monogámicas y con exclusividad sexual.

Estoy hablando de la ética del consentimiento versus la ética de la violación. Del placer consentimiento, placer ternura, placer cuidado, placer colectivo, placer libre versus el placer violación, placer abuso, placer descuido, placer privatización, placer cuantificación, placer consumo.

Una generación entera se está negando a esta fórmula mortal de la ética de la violación, el amor romántico, la monogamia y el resto, negándose a tamaña contradicción y desafiando la imposibilidad del amor que ocurre cuando este se colapsa con el patriarcado neoliberal y colonial. Una generación entera está reinventando el amor e invitando a otras generaciones como la mía. Pero no es un proyecto exento de grandes desafíos. Es tan poderosa la internalización de los discursos dominantes del amor romántico y la monogamia que los intentos por subvertir estas formas para inventar otras nuevas corre el permanente riesgo de secuestro, de casi sin darnos cuenta enredarnos en interpretaciones que puedan dejar fuera el consentimiento.

Yo prefiero llamarlo así: *amor (con)sentimiento*, en contraste al *amor eterno*.

Todo esto implicaría lo que se conoce como *responsabilidad afectiva*, que para mí sería un logro relacional que sólo puede construirse en base a conversaciones subversivas continuas: aquellas que desafíen cualquier forma de dar por sentado, de asumir, de creer que ya entendimos; fijar o establecer parámetros universales —especialmente en este ámbito, que sería más analógico a la arquitectura que a la arqueología—, sería un invento, una creación y una construcción más que algo que ya estaba ahí y que tendríamos que descubrir para conocer.

Las vidas y las relaciones son fluidas y honrar ese devenir podría eventualmente ser un primer paso hacia la libertad.

La responsabilidad afectiva o las relaciones de consentimiento serían, por lo tanto, siempre colectivas en su construcción, particular en sus formas, cambiante y contradictoria en su devenir, consecuentemente, no sería un logro de una vez y para siempre, sino más bien un tipo de relaciones que responden a la particularidad y complejidad de las vidas. Tampoco correspondería sólo a lo que se ha llamado *poliamor* y sus derivados, sería más bien una responsabilidad básica, fundamental en cualquier formato o tipo de relación —por supuesto más allá de las prácticas sexuales— cuya pretensión sea separar al amor de la propiedad privada y las prácticas de abuso.

Entonces en paralelo, la responsabilidad afectiva implicaría a un desafío continuo a las tecnologías, prácticas y discursos tanto del individualismo (el mundo a mi servicio), como del consumismo (apropiación de las cuerpos), ambos derivados del patriarcado y el neoliberalismo. De no hacerlo correríamos el riesgo de estar solamente cambiando el nombre a las prácticas abusivas de siempre.

...Me gustaría imaginar que mi querida Sarah Kane podría emocionarse al atestiguar cómo ese *amor libre* —que definió sarcásticamente como oxímoron en una entrevista radial— de a poco se está diferenciando del abuso que tanto denunció en sus obras. Y quién sabe, quizá con esto se comience a disolver este oxímoron, pudiendo en un futuro cercano declarar *amor* y que este represente, sin tantas

vueltas, el consentimiento, la libertad, la ternura y el cuidado mutuo y colectivo fundamental para nuestra existencia.

Yo me defino en transición continua e imperfecta hacia la libertad del *amor* y *el placer consentimiento* y ha sido salvador de vida para mí y creo que también para quienes me rodean.